



## AVISO LEGAL

Artículo: La revolución institucionalizada y sus censores

Autor: López Portillo Tostado, Felicitas

Fue publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*. Nueva época, vol. 1, año VI, núm. 31 (enero-febrero de 1992), ISSN: 0185-156X

Forma sugerida de citar: López, F. (1992). La revolución institucionalizada y sus censores. *Cuadernos Americanos*, 1(31), 196-206. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

D.R. © 1992      Universidad Nacional Autónoma de México.  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510  
México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México.  
<https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: [cialc-sibiunam@dgb.unam.mx](mailto:cialc-sibiunam@dgb.unam.mx)

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



Con la licencia BY-NC-ND usted es libre de:

- › Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- › Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- › No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- › Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## LA REVOLUCIÓN INSTITUCIONALIZADA Y SUS CENSORES

Por *Felicitas* LÓPEZ PORTILLO T.  
CCYDEL, UNAM

EL CINCUENTENARIO DE *CUADERNOS AMERICANOS* es ocasión propicia para recordar que ha sido importantísimo foro para externar posiciones críticas frente al poder. Por ejemplo, en la década de los cuarenta se levantan las voces de don Daniel Cosío Villegas y de don Jesús Silva Herzog para alertar sobre el presunto desvío de los principios revolucionarios propugnado por el alemanismo, y por la corrupción y peculado que campeaban en los asuntos públicos. Ambos merecen el calificativo de "caudillos culturales" que acuñó Enrique Krauze y ambos, desde las esferas de sus múltiples actividades, hicieron explícita su irreprochable honestidad ante los cantos de sirena del poder y del dinero.

Es un lugar común de la historiografía mexicana señalar que el rumbo cardenista, orientado hacia la pronta consecución de la justicia social, promesa de la revolución, fue tergiversado por el gobierno alemanista en favor de los intereses privados, sin dejar de reconocer que la labor de transición de Manuel Ávila Camacho allanó el camino hacia este desvío de los principios revolucionarios. Esta situación provocó una polémica donde los dos pensadores anteriormente aludidos llevaron la voz cantante, precisamente a través de la publicación de sus ensayos en *Cuadernos Americanos*.

Si se acepta que una de las principales tareas que se impuso la fracción triunfante del movimiento revolucionario de 1910 fue la creación de una burguesía nacional que encaminara al país a su autonomía económica y política a través de la acción de un Estado que, como sus antepasados de la República Restaurada y del porfirismo, persiguiera con ahínco la modernización de México, se debe convenir en que este Estado es, como sus émulos anteriores, "laico, emprendedor, procapitalista y centralizador". Pero la sociedad mexicana, regida por tal Estado es "mayoritariamente católica, impro-

ductiva, regionalista, provinciana, poco inclinada al cambio y la innovación'.<sup>1</sup> Por lo tanto, este Estado, que contiene en su seno las dos vertientes populares del movimiento armado (la agrarista y la obrerista) se debate en una paradójica contradicción: por un lado, estas vertientes populares le dan legitimidad histórica y cobertura nacional, pero por el otro, son contrarias a su afán de implantar el capitalismo. En consecuencia, si bien es cierto que los mejores momentos populares del Estado mexicano se encuentran con Cárdenas, su "sentido histórico (lo) resume Miguel Alemán".<sup>2</sup>

En la década de los cuarenta se afirmaron los rasgos característicos del sistema político mexicano que dieron lugar a la edad de oro del "desarrollo estabilizador": presidencialismo civil, partido oficial, fomento y control institucional de las organizaciones populares, amplia intervención del Estado en la promoción de la economía, la cultura y la organización de la sociedad.<sup>3</sup> Con el alemanismo se dio la puntilla a la izquierda oficial, se controló el movimiento obrero mediante el "charrismo" y se otorgaron concesiones al liderazgo sectorial del PRI como premio a la domesticación y encuadramiento corporativo de obreros y campesinos. El partido oficial quedó como instancia de organización electoral, como proveedor y reclutador de cuadros, como mediador entre la sociedad y el Estado y como instrumento de cooptación de la oposición. Se consolidó la preeminencia del Ejecutivo en el sistema político, el cual había vivido su primer momento estelar cuando Plutarco Elías Calles fue expulsado por don Lázaro.

El gobierno presidido por Miguel Alemán Valdés (1946-1952), inauguró una nueva etapa dentro de los regímenes emanados de la revolución de 1910. Era el primer civil que aspiraba a la presidencia, después de la retahíla de generales que nos deparó la revolución armada de 1910; los caudillos revolucionarios estaban fuera de combate por su avanzada edad y por la creciente profesionalización del ejército favorecida por la guerra, junto a la consolidación del presidencialismo. La candidatura de un abogado egresado de la máxima casa de estudios obedecía a concretas circunstancias históricas. Si Manuel Ávila Camacho había sido un candidato de transición entre un gobierno como el cardenista, que llevó hasta

<sup>1</sup> Héctor Aguilar Camín, *Después del milagro*, 2a. ed. México, Cal y Arena, 1989, pp. 24-25.

<sup>2</sup> Héctor Aguilar Camín, *Saldos de la revolución*, México, Océano, 1984, p. 296.

<sup>3</sup> Francisco José Paoli, *Estado y sociedad en México. 1917-1984*, México, Océano, 1985, p. 43.

límites insospechados las demandas campesinas y obreras establecidas en la Constitución —acompañadas de un discurso de lucha de clases que asustó a la burguesía y a las clases medias mexicanas, así como a los Estados Unidos—, Alemán llegaba recién inaugurada la posguerra, suavizadas las contradicciones entre los diversos sectores sociales enfrentados en los años precedentes, gracias a la política de concordia y unidad nacional del avilacamachismo.

Ahora le tocaba el turno a un civilizado equipo de universitarios que mediaba la cuarentena y que inauguraron el predominio de nuestra *Alma Mater* como matriz de la clase política mexicana —predominio hoy en entredicho—, y al cual Luis González califica como representante de una generación urbana, clasemediera, tecnócrata y escéptica en términos religiosos, como correspondía al país moderno e industrial que querían erigir. Esta generación se lanzó a la fáustica tarea de modernizar el país con un proyecto económico que privilegiaba el apoyo al capital y la iniciativa privados, y enfatizaba el papel rector del Estado con objeto de lograr un desarrollo equilibrado que dejara atrás la miseria y la ignorancia, males seculares de nuestro pueblo. Todo sazonado con una envidiable política, condición indispensable para el crecimiento económico y prenda mayor del sistema surgido de la revolución de 1910. Según el nuevo equipo gobernante, la Revolución Mexicana había llegado ya a una etapa de su desarrollo histórico en que era imperiosa la necesidad de impulsar el crecimiento económico. Se consolidarían las conquistas obreras y campesinas —legítimas y respetables— pero también se apoyaría y respetaría a la iniciativa privada, a la que se daría seguridad en sus inversiones y disfrute legal de sus ganancias. Como escribe el anteriormente citado Luis González, “En los decenios de los años cuarenta y cincuenta todo fue búsqueda de modos para salir de pobres”;<sup>4</sup> se apostó a la industrialización basada en la sustitución de importaciones para lograr tal objetivo, aunque el apoyo al proyecto industrializador venía de tiempo atrás. Desde 1937 la industria manufacturera era la principal actividad productiva del país, por su posición dentro de la estructura del ingreso nacional.

Durante el período alemanista se buscó la modernización del capitalismo a través de un Estado crecientemente intervencionista, a cuyo cargo estarían las industrias básicas, y de un aparato industrial protegido y dirigido al mercado interno. Se fortaleció la burguesía industrial a través del estímulo estatal y se consolidó una

<sup>4</sup> Luis González, *La ronda de las generaciones*, México, SEP, 1984, p. 91.

próspera burguesía rural dedicada a los cultivos de exportación en el norte y el noroeste del país, donde se invirtió la mayor parte del presupuesto orientado a obras de riego y ampliación de la superficie cultivable. Las clases medias experimentaron un importante crecimiento y el capital extranjero penetró en ramas anteriormente reservadas al capital nacional, lo que ocurrió sin que se abandonara la retórica revolucionaria de la justicia social. Como escribe Blanca Torres: "No tardó el gobierno en reconocer abiertamente la prioridad que otorgaba al crecimiento económico, al aumento de la inversión y de la producción dejando entrever que la distribución de los beneficios vendría después, sin precisarse ya qué tan larga sería la espera."<sup>5</sup>

El sector privado aceptó a regañadientes la tutela estatal y el monopolio político de la camarilla revolucionaria, y se aprestó a multiplicarse y embarnecer bajo el paraguas de un sistema que ofrecía estabilidad política y cambiaria, control obrero, proteccionismo arancelario —que devino en una industria ineficiente, de baja calidad y altos costos, entre los que no se contaba precisamente el trabajo, que medró en un mercado cautivo durante muchos años y que gozó de bajos impuestos e inflación escasa y de un inmenso ejército industrial de reserva, aparte de contar con un Estado subsidiador y garante de sus fracasos económicos. Característica de este período fueron las grandes utilidades logradas por los capitalistas —hecho que, por lo demás, no es una novedad en nuestro país— que no siempre fueron derivadas hacia la inversión industrial o los bienes de capital, como quería el gobierno, sino hacia la compra de bienes raíces, la realización de gastos suntuarios o la creación de empresas comerciales no productivas o, en el peor de los casos, la salida hacia los bancos del exterior.

Señalemos que el enorme impulso otorgado a la modernización material del país fue posible gracias a la labor de los regímenes anteriores, el de Lázaro Cárdenas en primer término, que con la reforma agraria y la nacionalización petrolera sentó las bases del desarrollo histórico posterior, aunque valga la aclaración de que el proyecto de desarrollo implantado por la gestión alemanista dejó de lado la amplia participación popular propiciada por el cardenismo, lo mismo que su visión de una nación modesta y autosuficiente.

Carlos Monsiváis escribe que en el alemanismo: "El punto central es el canje de la épica revolucionaria por la épica capitalista"

<sup>5</sup> Blanca Torres, *Hacia la utopía industrial*, México, El Colegio de México, 1984, p. 14 (Historia de la revolución mexicana. 1940-1952, núm. 21).

(*Proceso*, núm. 343, 30-V-1983), canto de sirena que no dejó de ser escuchado por la burocracia, que floreció y prosperó al amparo del popular dicho, surgido durante estos años, de que "Vivir fuera del presupuesto es vivir en el error". Se propició la acumulación de grandes fortunas a través del contratismo en las grandes obras públicas, la especulación de bienes raíces que floreció al amparo de la urbanización y de la institucionalización de la corrupción.

Las reacciones a la dinámica gestión del alemanismo no se hicieron esperar. Precisamente don Daniel Cosío Villegas publicó en *Cuadernos Americanos*, a principios de 1947, un importante ensayo titulado "La crisis de México", el cual es una recapitulación de lo logrado por la revolución y las desviaciones y problemas que se enfrentaban. En su trabajo, don Daniel fustigaba a los gobernantes mexicanos, de quienes consideraba que no habían estado a la altura de su función; a consecuencia de ello en el país se venía padeciendo una grave crisis de la que nadie parecía darse cuenta y de la que nadie hablaba: "La crisis proviene de que las metas de la Revolución se han agotado, al grado de que el término mismo de revolución carece ya de sentido".

La meta principal del movimiento armado de 1910 fue la consecución de la justicia social, misma que distaba mucho de haberse alcanzado, ya que "La tremenda diferenciación de clases es fenómeno viejísimo en México; tanto, que podría decirse que toda nuestra historia no es sino un largo y alíctivo esfuerzo por borrar un tanto estos desniveles". La situación tampoco era halagadora en relación a la democracia, otra de las banderas principales de la revolución. Cosío Villegas manifestaba su extrañeza por el hecho de que los hombres surgidos del movimiento revolucionario —muchos de ellos nacidos en el seno mismo del pueblo— hubieran fracasado en sus actuaciones: "Madero destruyó el porfirismo. pero no creó la democracia en México; Calles y Cárdenas acabaron con el latifundio, pero no crearon la nueva agricultura mexicana". No se puso énfasis en la necesidad de que el ejido fuera productivo pues no se trataba tanto de entregar la tierra, como de hacerla producir, y si bien era cierto que la no reelección había sido acatada, el precio pagado por ello había sido el derramamiento de sangre. Se destruyó la riqueza del antiguo régimen, pero no se dio un reparto equitativo de la nueva riqueza; es más, se terminó por crear una nueva burguesía, alta y pequeña, "que acabaría por arrastrar a la Revolución y al país, una vez más, por el precipicio de la desigualdad social y económica".

Don Daniel afirmaba que en un principio no importaba que el gobierno revolucionario se impusiera políticamente, mediante elecciones o no, pero ahora las cosas habían cambiado, ya que "de aquí a seis años, las diferencias entre la Revolución Mexicana y los partidos conservadores pueden ser tan insustanciales, que éstos pueden ascender al poder no ya como opositores del gobierno, sino como sus hijos legítimos". El Congreso de la Unión era comparsa del presidente en turno, mientras que el movimiento obrero, al que se había dado preeminencia en detrimento del agrario, no era más que un apéndice del gobierno. El estudioso consideraba justo que la legislación obrera favoreciera al trabajador, pero señalaba que este hecho no había sido debidamente justipreciado en sus consecuencias, con el resultado de que el patrón se mostrara desconfiado y el obrero irresponsable, por lo que los problemas subsistían sin visos de solución, tales como el del transporte ferrocarrilero y la baja productividad de Pemex. Precisamente Ferronales y la empresa petrolera nacionalizada estaban en primer lugar en la agenda alemanista, por considerárseles punto menos que zonas de desastre.

Cosío Villgas escribía que la respuesta a las críticas externadas sobre el desarrollo del proceso revolucionario hecho gobierno había sido la de que sin la revolución las cosas estarían peor, lo que era cierto, pero advertía que estos logros no habían sido acompañados de la honradez: "Lo humanamente imposible era conservar la fe en un gobernante mediocre que, por añadidura, resultaba un administrador deshonesto". Escribía a este respecto: "Ha sido la deshonestidad de los gobernantes revolucionarios, más que ninguna otra causa, la que ha tronchado la vida de la Revolución Mexicana".

Incluso uno de los evidentes logros revolucionarios como era el educativo, se encontraba en entredicho, pues se había abandonado la mística casi evangélica inaugurada por José Vasconcelos al frente de la SEP, y éste no sólo "dejó trunca su obra, la más importante y urgente para el país, sino que desprestigió el nombre, la profesión y las intenciones del intelectual", con el resultado de que la obra educativa de la revolución había terminado como Vasconcelos: "caóticamente inconsistente, mucho más aparente que real, sobre todo, porque fracasó en su anhelo de conquistar a la juventud; y hoy la juventud es reaccionaria y enemiga de la revolución, justamente como Vasconcelos lo ha sido y lo es".

Ante este negro panorama, don Daniel señalaba que debían encontrarse correctivos a la grave crisis política y moral en que se debatía México. Una solución sería "confiar su porvenir" a Estados

Unidos, la que inmediatamente descartaba, sin dejar de reconocer que con esta solución se resolverían muchos de nuestros problemas, sobre todo los económicos, pero a cambio de ello perderíamos identidad y soberanía, dejando de ser nosotros mismos. Otra solución podría ser la entrega del poder a la derecha, que no gobernaba desde 1910. En su propuesta no incluía a las izquierdas porque éstas se habían corrompido “y no cuentan ya con la autoridad moral, ni siquiera política, necesarias para hacer un gobierno eficaz y grato”, por lo que “tendrían que purificarse o morir”. Con el gobierno de la derecha el movimiento obrero perdería a su mentor, el gobierno, pero ganaría independencia, mientras que los campesinos tendrían que abandonar su actitud psicológica “de quien recibe sin merecer y sin esforzarse”. Los liberales serían víctimas de un ostracismo generalizado, mientras la Iglesia volvería por sus fueros; el rico se exhibiría sin tapujos, como ya empezaba a hacerlo, y aquéllos pasarían a la defensiva, luchando por una tarea que habían abandonado: “conducir al país juiciosamente, por caminos más despejados y limpios, reconquistando antes el poder en una lucha sin duda azarosa y dura, pero en la cual se templarían su cuerpo y su espíritu”.

El historiador terminaba su propuesta con el señalamiento de que el camino arriba esbozado estaba lleno de peligros, pues el país no podía pretender nada de las derechas. El sinarquismo, por ejemplo, era un “partido de una ramplonería mental propia sólo del desierto”, mientras que el PAN se sostenía en la Iglesia y en el desprestigio de los regímenes revolucionarios, por lo que se desplomaría al hacerse gobierno, al no contar ni con principios ni con hombres. Este partido se había gastado en una labor de denuncia, “pero poco o nada ha dicho sobre cómo organizaría las instituciones del país”.

Escribía Cosío Villegas, ante este desolador panorama, que el único rayo de esperanza sería que de la propia revolución saliera “una reafirmación de principios y una depuración de hombres”. Concluía: “Si no se reafirman los principios, sino que simplemente se les escamotea; si no se depuran los hombres, sino que simplemente se les adorna con vestidos o títulos, entonces no habrá en México autorregeneración, y, en consecuencia, la regeneración vendrá de fuera y el país perdería mucha de su existencia nacional y a un plazo no muy largo”;<sup>6</sup> con su insistencia en la nece-

<sup>6</sup> Daniel Cosío Villegas, “La crisis de México”, en *Cuadernos Americanos*, México, marzo-abril de 1947, vol. xxxii, núm. 2, pp. 29-51.

sidad de retomar los ideales revolucionarios de justicia social, democratización política y soberanía nacional, buscaba sensibilizar al equipo alemanista y a la opinión pública hacia los que consideraba los grandes problemas nacionales.

Por su parte Jesús Silva Herzog, en el otoño de 1943, publicó en esta misma revista un ensayo semejante al de Daniel Cosío Villegas bajo el título "La revolución mexicana en crisis", donde llegaba también a similares conclusiones: el principal problema de la revolución había sido la prevaricación de sus hombres y la consiguiente corrupción de la política, que se había convertido, así, en "la profesión más fácil y lucrativa de México. No se necesita (para ejercerla) cultura, la cultura estorba; lo que se necesita es audacia, carencia de escrúpulos y ser un representante auténtico del machismo mexicano". Consecuencia de lo anterior era la repentina riqueza que acumulaban muchos funcionarios públicos a través del erario, sin perder respetabilidad: "Aquí está el mayor de los males, el síntoma alarmante de una colectividad que se deshace ... En este aspecto la crisis de la revolución mexicana es de una extraordinaria virulencia, es ante todo —digámoslo una y mil veces— una crisis moral con escasos precedentes en la historia del hombre". En los gobiernos revolucionarios lo que había habido era mucha política y poca administración, con el resultado de que la solución de los problemas que nos aquejaban se pospusiera indefinidamente.

Antes de llegar a tan apocalípticas conclusiones Silva Herzog hizo un recuento de las causas que provocaron la revolución, como fueron el hambre de tierras, de pan y de justicia, y de cómo el movimiento revolucionario no tuvo en un principio un programa previo o una ideología, mismos que se formaron lentamente al calor de los acontecimientos. Refutaba que la Constitución de 1917 tuviera un carácter socialista, pues respetaba la propiedad privada y la libertad de comercio, y señalaba que "es simplemente una constitución reformista, adelantada para su tiempo, un tanto contradictoria y un tanto alejada de la realidad, sobre todo de la propia realidad". Pasaba revista a los gobiernos revolucionarios y concluía que con el de Cárdenas se dio "el momento culminante de la Revolución Mexicana", pero cuando éste terminó su mandato el país se debatía en una grave crisis, debida tanto a factores externos como internos; entre los últimos destacaban "una demagogia torpe y agresiva y una deshonestidad sin freno" en diversos sectores de la vida pública. Don Jesús no se aventuró a emitir su opinión sobre el gobierno de

Ávila Camacho, por considerar que éste todavía no iba ni a la mitad de su gestión.

A pesar de los problemas aún sin resolver, entre los que se contaban la regresiva distribución del ingreso, la revolución sí daba un saldo positivo en el mejoramiento del nivel de vida popular: "Algo se ha hecho, pero mucho menos, muchísimo menos de lo que hubiera podido hacerse". El movimiento obrero contaba con la ayuda de la autoridad, y había tenido avances, pero se había descuidado la educación política de los trabajadores y faltaba una ética sindicalista, lo que se traducía en una "retórica desorbitada" en el mismo. Silva Herzog escribía que "ha faltado a menudo, desgraciadamente muy a menudo, competencia y honradez en los de arriba y disciplina y responsabilidad en los de abajo".

En cuanto al campo, ahora que se había entregado la tierra, debía lucharse por hacerla producir con el empleo de la técnica y de insumos modernos. La educación pública, "la obra de mayor aliento, de mayor trascendencia en el movimiento revolucionario", también se encontraba en crisis, pues la conciencia del niño volvía, una vez más, a manos de la Iglesia y de los jesuitas. Consideraba don Jesús que con la prohibición de las escuelas mixtas se había dado un retroceso más allá de 1833, cuando Valentín Gómez Farías instituyó la "coeducación".

Como si los problemas fueran pocos el país vivía despreocupado, sin temor de su convivencia forzada con el país más poderoso de la tierra, que lo será aún más al terminar la guerra. Advertía don Jesús que la política del buen vecino podía ser sustituida por otra, con tendencias opuestas, y que el mejor valladar que podíamos oponer a la poderosa influencia de los Estados Unidos era nuestro respeto a las leyes y la más escrupulosa honorabilidad en la cosa pública, ya que "No siempre el país fuerte trata de igual manera a un país débil, anárquico y manejado por gobiernos ineptos y sin escrúpulos, que a un país débil pero en orden y bajo la autoridad de hombres responsables. Por fortuna no han muerto ni morirán nunca los valores espirituales". Concluía Silva Herzog que todavía estaban por alcanzarse las metas del movimiento armado de 1910: "La revolución mexicana ha consistido y consiste en la lucha de un pueblo por elevar las condiciones de vida de todos en todos los ámbitos de la vida", y que para salir de la actual crisis era necesario regresar a los orígenes del movimiento revolucionario, ser leales a su esencia, "a sus principios y a su impulso generoso; castigando

con decisión y sin miramientos a los prevaricadores, a los logreros del movimiento revolucionario".<sup>7</sup>

En el otoño de 1947 apareció publicado en *Cuadernos Americanos* el ensayo "Meditaciones sobre México", que retomaba muchas de las preocupaciones de Silva Herzog expresadas en su anterior escrito de 1943. Asentaba en él que si bien era positivo que el titular del Ejecutivo fuera un civil, pues los militares eran por naturaleza y vocación autoritarios, las fallas de los gobiernos revolucionarios aún persistían: improvisación y superficialidad, en vez del estudio técnico y profundo; subordinación de la técnica a la política; falta de educación política de los trabajadores y de honradez administrativa, y menosprecio por la cultura, especialmente la superior. Apuntaba que estas fallas no eran privativas de México y de los mexicanos, sino que eran propias del momento histórico que se vivía, de pérdida de valores; insistía don Jesús en que lo que hacía falta en México era "limpieza en la conducta y claridad en el pensamiento".

Escribía el economista que los principales problemas del país eran de carácter económico, circunstancia similar a la acontecida cuando estalló el movimiento armado de 1910, ya que la consigna de la Constitución de 1917 seguía aún inédita: "reformular el nivel de vida de la mayoría de los habitantes como base sustantiva del progreso de la nación". Para lograr tal fin apoyaba el proyecto principal del alemanismo: "la industrialización del país debe continuarse valientemente. Es el único medio para incrementar la capitalización interna y elevar el nivel de vida de importantes grupos de trabajadores". Debía hacerse con predominio de capitales nacionales y a pesar de los reparos del poderoso vecino, que no veía con buenos ojos los deseos de independencia económica de México. Recalcaba Silva Herzog, una vez más, que nuestra principal defensa ante los Estados Unidos era la autoridad moral: "Frente al poderoso es útil hacerse respetar; y sólo podremos hacerlo por la fuerza de nuestras virtudes, siendo honestos, sinceros, responsables y en verdad patriotas".<sup>8</sup>

Ahora sabemos bien que, a contrapelo de la retórica revolucionaria de nuestra clase política y de los esfuerzos en pos de un

<sup>7</sup> Jesús Silva Herzog, "La revolución mexicana en crisis", en *Cuadernos Americanos*, México, septiembre-octubre de 1943, vol. XI, núm. 5, pp. 32-55.

<sup>8</sup> Jesús Silva Herzog, "Meditaciones sobre México", en *Cuadernos Americanos*, México, septiembre-octubre de 1947, vol. XXXV, núm. 5, pp. 7-35.

desarrollo que se quería armónico e integrado, en México la desigualdad, casi medio siglo después del gobierno alemanista, sigue siendo la mayor afrenta histórica de nuestra sociedad. Como lo señala el investigador Roger D. Hansen: “El grado de desigualdad existente en la distribución mexicana del ingreso, como quiera que se mida, excede la que impera en la mayoría de los países en desarrollo del mundo”,<sup>9</sup> lo que no deja de ser un saldo desalentador —por decir lo menos, de la primera revolución social de este siglo. Vaya este recordatorio como un homenaje a la revista que albergó a estos dos prominentes intelectuales, quienes nos alumbran con sus reflexiones en un tiempo que también está plagado de rectificaciones y cambios de nuestro reciente pasado, cobrando sus ideas una inquietante actualidad.

<sup>9</sup> Roger D. Hansen, *La política del desarrollo mexicano*, México, Siglo XXI, 1971, p. 113.